



Chapultepec. — Salón de Recepciones

CAPÍTULO III

RELACIONES EXTERIORES

RELACIONES INTERNACIONALES DE MÉXICO HASTA EL FRACASO DE LA INTERVENCIÓN FRANCESA.
NUEVAS Y ROBUSTAS BASES FIJADAS POR LA REPÚBLICA PARA REANUDAR Y ESTABLECER SUS RELACIONES
CON LOS DEMÁS GOBIERNOS Y PAÍSES. ESTADO ACTUAL DE ESAS RELACIONES

La aparición de México entre las naciones independientes coincidió con un período histórico verdaderamente extraordinario, del que fué signo característico un sentimiento de reacción que impulsó con incontrastable violencia á los gobiernos y á varios de los pueblos del Viejo Mundo. Napoleón acababa de morir, después de seis años de cautiverio, y los reyes que se habían aliado para derribarle, vigilantes y aperecidos mientras duró la prisión del gran vencido, no creyeron que había terminado su misión cuando el Prometeo de los tiempos modernos se extinguió en la roca de Santa Elena.

Para la nación francesa, el ilustre y prestigioso capitán que dirigió sus destinos durante diez y seis años, embriagándola con la gloria militar y ufanándola con los fulgores del triunfo, fué un déspota que reprimió con mano férrea la libertad; para las viejas dinastías, tantas veces por él atropelladas y vencidas, no fué más que el ejecutor armipotente y airado de la revolución que había proclamado el principio de la soberanía popular y la caída del antiguo orden social y político. Unidos estrechamente los reyes contra el enemigo común, auxiliados en su tarea de derribarle por el cansancio y las desilusiones de la misma Francia, y por tierra y cautivo el formidable debelador, aquellos monarcas de derecho divino se ligaron más íntimamente entre sí para ahogar en su cuna toda tentativa revolucionaria y formaron la

TOMO I.— PARTE TERCERA

Instituciones políticas

Lic. D. Ignacio Mariscal

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES



TOMO I.—PARTE TERCERA

Instituciones políticas

III. OLIVARES
Lic. D. Ignacio Mariscal

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES

AGENCIA GENERAL DE LA REPUBLICA PARA REANUDAR Y COMUNICAR LA RELACION CON LAS NACIONES
DE LAS AMERICAS DEL SUR Y DEL NOROCCIDENTE DE LA UNION DE ESTADOS UNIDOS

El gobierno de los Estados Unidos, en virtud de la independencia de las naciones, ha sido reconocido por el mundo entero, y ha sido el primer ejemplo de una república democrática. Este gobierno ha sido el primero en establecer un sistema de relaciones exteriores basado en la igualdad y la justicia. El gobierno de los Estados Unidos ha sido el primero en reconocer a las naciones de América Latina como iguales y soberanas. Este gobierno ha sido el primero en establecer un sistema de relaciones exteriores basado en la igualdad y la justicia. El gobierno de los Estados Unidos ha sido el primero en reconocer a las naciones de América Latina como iguales y soberanas. Este gobierno ha sido el primero en establecer un sistema de relaciones exteriores basado en la igualdad y la justicia. El gobierno de los Estados Unidos ha sido el primero en reconocer a las naciones de América Latina como iguales y soberanas.



Santa Alianza, pacto celebrado en nombre de Dios para bien de la humanidad, y en el que sus coronados signatarios se prometían mutua asistencia, declarándose padres que se unían para disponer por sí solos lo que creyesen más conveniente á sus hijos, sin que éstos tuvieran la menor noticia de ello. Y osadas por la inesperada ventaja que habían alcanzado, las grandes potencias se tomaron la parte del león; las complicadas cuestiones presentadas ante el Congreso de Viena fueron resueltas por consideraciones personales; sus decisiones habían de ser luego reclamadas por príncipes y pueblos, y mientras permaneció aletargado el principio revolucionario bajo el peso de la derrota, los reyes coligados usaron y abusaron de la victoria.

El levantamiento en armas de todos los pueblos hispano-americanos contra su antigua metrópoli, no pudo ser considerado por los árbitros entonces de la política universal sino como una execrable insurrección de súbditos ingratos. Con saña mayor miraron alzarse á los liberales españoles contra el absolutismo de Fernando VII, á quien obligaron á jurar la Constitución de 1812, y el Congreso de Verona, formado por los reyes aliados y sus ministros, encomendó á los restaurados Borbones de Francia el cumplimiento de sus decretos liberticidas: cien mil franceses, mandados por el duque de Angulema é invocando el nombre de San Luis, según la pedantesca expresión de Luis XVIII, atravesaron los Pirineos (1823) y repusieron á Fernando en el mando absoluto, del que gozó hasta su muerte, ejerciendo durante diez años el más feroz y sombrío despotismo.

México entró en la vida independiente y libre sin hallar amigos entre los gobiernos monárquicos; sin excitar simpatías en los pueblos europeos, siempre ignorantes y despreciadores, y entonces más que hoy, de las cosas y sucesos de la América latina; sin pedir ni deber á la vecina República del Norte, emancipada y constituida desde cuarenta años antes, ni el más pequeño auxilio durante su lucha con España. Ésta, la antigua metrópoli, sin contar ya entre sus hombres de Estado á un marqués de la Ensenada, un Floriblanca y un Aranda, sino aquellas medianías que elevaba el capricho de Fernando VII hasta los Consejos de la Monarquía, se empeñó en la ingrata y ardua empresa de reconquistar la más valiosa é importante de sus antiguas colonias en América, y después de algunos años de amagos, intrigas y preparativos, envió al general Barradas con una división, en 1829, invasión vencida y deshecha por las armas de la República, apenas los enemigos posaron sus plantas en el territorio nacional. Siete años más tarde (1836), y cuando la viuda de Fernando, Doña María Cristina de Borbón, gobernaba la monarquía española, cesó el estado de guerra entre México y su antigua dominadora con la celebración de un tratado de paz y amistad ajustado entre Santa María, plenipotenciario de la República, y Calatrava, entonces jefe del ministerio español.

Habían transcurrido, pues, quince años desde la consumación de la independencia de México en 1821 hasta el término del estado de guerra con España, y durante aquel período padecieron los españoles residentes en nuestro suelo persecuciones y vejámenes, derivados de leyes de proscripción odiosas é injustas, pero que se informaron en la exasperación de un pueblo joven, celosísimo de conservar su independencia, amenazada de continuo por los que habían sido sus dominadores; y los bombardeos frecuentes de Veracruz, desde el islote fortificado de Ulúa, y la abortada conspiración del padre Arenas, y la expedición al mando de Barradas, y más de una conjura contra la libertad de la nación, explican aquella animosidad veheméntísima contra España y los españoles. Pero lo que no se explica fácilmente es la ceguedad de los hombres de gobierno de aquel país, empeñados en la demente empresa de una imposible reconquista, sordos á los dictados de la razón y del buen sentido, impasibles ante el peligro á que exponían á sus compatriotas residentes en México, y sin que les desviara de su desatentada hostilidad para con la joven República ni la elemental consideración de que una paz tardía pudiera hacer cesar el estado de guerra, pero no los resentimientos entre dos naciones de la misma sangre. El tratado de 1836, en efecto, no cambió sensiblemente aquellos recíprocos rencores.

El espíritu y las tendencias de la *Santa Alianza* se manifestaron claramente en la actitud del gobierno francés respecto del de la nueva república hispano-americana. Carlos X, elevado al trono en 1824, y apremiado por las instancias de los comerciantes franceses aquí establecidos á entrar en relaciones oficia-